

UN LIBRO MUY EXTRAÑO: «LAS CONSIDERATIONS SUR LA FRANCE», DE JOSE DE MAISTRE (1797)

UNA mujer de origen holandés de mucho ingenio, madame de Charrière, que tuvo un gran papel en la juventud de Benjamín Constant, escribía el 26 de mayo de 1797: «Acabo de leer un libro muy extraño, no muy bien razonado por lo que me ha parecido, o a lo menos, no creo que presente ningún resultado claro y decisivo. La religión cristiana, o más bien la religión católica, parece probada por sólo su duración... Allí se considera a los Borbones como reyes necesarios y a la realeza también como necesaria; a los reyes como privilegiados elegidos de Dios y, sin embargo, el Gorro Frigio ha borrado toda huella del Oleo Santo de la frente real. En fin, he encontrado un poco de desorden y razonamientos poco concluyentes en este libro, pero jamás he visto tanto ingenio ni estilo tan picante. Lo he leído con avidez y hago todos los esfuerzos posibles para averiguar quién es el autor. Al fin me parece que creo saberlo...»

El conde José de Maistre, cuyo anónimo fué rápidamente descubierto, tenía cuarenta años cuando este brillante comienzo de su carrera de escritor político. Nació en Chambéry de una familia originaria de Niza, y era como saboyano súbdito del reino sardiopiamontés. Su padre, magistrado piadoso y austero, primero miembro importante y después segundo presidente del Senado de Saboya, especie de corte soberana de justicia, había sido ennoblecido por sus altas funciones. José de Maistre fué también magistrado y a su vez senador en 1788. Sin la Revolución hubiera estado destinado hasta su muerte a llevar una vida digna y monótona en el estricto cumplimiento de sus deberes familiares, profesiona-

les y cívicos, sin que ningún rayo de gloria literaria hubiera tenido jamás la ocasión de caer sobre él.

Pero estalló la Revolución. De Maistre, aunque pasaba por liberal, comprendió rápidamente que aquélla sería contagiosa, que sería como una mancha de aceite que se extendiera sobre la tranquila y patriarcal Saboya y pondría en peligro mortal todo lo que él más amaba. Cuando aparecieron las *Reflexiones* de Burke De Maistre se hallaba evidentemente maduro para leerlas. En una carta de enero de 1791, dirigida a un amigo, califica a Burke de admirable: «¿Cómo le parece a usted que este rudo senador trata al gran trípode de mangoneadores (a la Asamblea Nacional) y a todos los legisladores? Los llama *bebés*. A mí me ha encantado su dicho.» La lectura de Burke reforzó considerablemente las ideas antidemocráticas de Maistre y su aversión, que llegó a convertirse en horror, hacia todo lo que estaba ocurriendo en Francia.

Obligado cuando los revolucionarios franceses invadieron Saboya a refugiarse en Suiza, en Lausanne, tuvo ocio durante cerca de cuatro años para profundizar y poner en claro su propia doctrina. Fué entonces cuando verdaderamente se formó su genio, genio completamente *antitético de la Revolución* (Proudhon). Contra esta Revolución, contra esta «carroña», contra esta «madre de todo mal» había acumulado Burke rabiosamente todos los argumentos positivos que podían inspirar a un gran espíritu cultivado y además inglés, empapado en una concepción tradicionalista de la sociedad. Al repetir exactamente la tesis de Burke, José de Maistre la reforzaba con argumentos convincentes de una inspiración muy diferente —religiosa, incluso mística—, que en una cierta medida la transfiguraba. *Consideraciones religiosas sobre Francia*, tal era el significativo título que el autor dió en un primer momento a su libro. «Nadie os leerá», le había objetado el inteligente ginebrino Mallet du Pan. De Maistre suprimió el epíteto. Las *Consideraciones* no dejaron por eso de ser un libro de orden religioso ante todo, en el que lo religioso dominaba lo político. Pretender aislar en De Maistre el pensamiento político del pensamiento católico, como a veces se ha intentado hacer ingenuamente, es separar el árbol de su savia. En efecto, esta unión de lo religioso y lo político es lo que se ha querido significar cuando se ha calificado al autor de las *Consideraciones* de «moderno Bossuet».

Para nuestro autor, como para Bossuet, no existe en modo algu-

no el azar en el gobierno de las cosas humanas, y para él la palabra «fortuna» no tiene ningún sentido. Todo se desenvuelve en virtud de un orden providencial, del que forma parte el propio desorden, querido también por Dios para sus propios designios, ignorados del hombre. Providencialismo muy natural, así como el derecho divino de los Reyes en el siglo de Bossuet; pero que a finales del siglo de Voltaire sonaba a algo singularmente insólito. Aplicarlo a la Revolución francesa podía parecer un tanto trasnochado. No obstante, este providencialismo a la manera de Bossuet podía servir para explicar a todos los cristianos monárquicos en Francia y fuera de Francia, a quienes desconcertaba el éxito de la Revolución en la guerra contra los coaligados, el incomprensible fenómeno de la misma Revolución.

Un personaje extraño, Saint Martin, un «iluminado» a quien se llamaba «el filósofo desconocido», y que se calificaba a sí mismo de defensor oficioso de la Providencia, había mostrado el mismo camino de interpretación. La Revolución —decía— está dirigida por la Providencia, es un juicio de Dios. José de Maistre leyó a Saint Martin y lo admiró. Su catolicismo místico —y en este punto se alejaba de Bossuet— se había sentido siempre atraído por las varias formas del alumbradismo y del ocultismo que pululaban a fines del siglo XVIII (esto explica su larga pertenencia a la francmasonería saboyana).

Estas preocupaciones religiosas eran transportadas por De Maistre al terreno de la ciencia política, cuya noción cardinal, la noción de soberanía, ocupaba el centro de sus meditaciones. Aquí también, saltando por cima de todo un siglo herético, tendía la mano a Bossuet. Restituía a la soberanía la aureola divina de que la habían despojado los autores impíos. Buscaba en las «bases antiguas, pero legítimas», el fundamento de los gobiernos, y pensaba que éstos se habían separado más o menos de ellas. Atacaba metódicamente la ciudadela de la herejía, el *Contrato social*, manual de la seudosoberanía del pueblo, usurpada a la única legítima, la de Dios, quien la había delegado en los Reyes. Todo esto tomó cuerpo en el *Traité de la Souveraineté*, que De Maistre comenzó en Lausanne («Cada día avanzo más en él», agosto de 1793) y que jamás llegó a terminar.

Este tratado, en el estado en que entonces se encontraba, le suministró preciosos materiales cuando en el transcurso del año 1796 las circunstancias —o dicho de otro modo, la necesidad de com-

batir una propaganda nefasta a la causa de los Reyes legítimos— le condujeron a componer en unas pocas semanas las *Considérations*.

* * *

El 9 de Thermidor (27 de julio de 1794) caía Robespierre. Los realistas se estremecieron esperanzados, pero los vencedores de Robespierre, los thermidorianos como se les llamaba, revolucionarios que se habían vuelto cuerdos porque se sentían seguros, resolvieron hacerse fuertes en el Poder, «perpetuarse» por todos los medios, legales o ilegales. Por muchas razones, no temían tanto la vuelta de los Borbones como una recurrección del jacobinismo o del robespierrenismo sin Robespierre. Habiendo conseguido descartar definitivamente la Constitución de la Montaña de 1793, votada, pero jamás aplicada, se habían alojado cómodamente en el edificio constitucional del año III (un Directorio ejecutivo de cinco miembros flanqueado por dos Consejos legislativos). Obligados a navegar entre los peligros de la derecha y los de la izquierda, sin olvidar el militar —pues ya «la apelación al soldado» estaba en el aire—, se comparaban a sí mismos a una plaza sitiada cuyos defensores estuvieran acorralados y obligados para liberarse a hacer violentas salidas. Era un gobierno, según nos parece a distancia, frágil por su naturaleza e incluso condenado a naufragar rápidamente.

No obstante, en aquella época se beneficiaba de un cierto crédito en determinadas esferas. Ofrecía después de todo un rostro republicano relativamente amable, si se le comparaba con la terrible República de la Montaña y de los Comités de la Convención. Si era capaz de concluir al fin con la Revolución, consagrando los resultados sociales (igualdad civil, reparto de los bienes nacionales) y al par traía la tolerancia para con los católicos acorralados, ¿por qué no apoyarle? Sin duda, todo esto había sido durante mucho tiempo un dogma que la forma republicana había reservado tan sólo a los Estados de poca extensión (la Ciudad antigua, un Cantón suizo). Pero el ejemplo de América del Norte hacía reflexionar.

Un grupo heredero de los monárquicos liberales de la Constituyente predicaba con ardor la alianza con este gobierno republicano, al que juzgaba aceptable. Se trataba del grupo dominado

por madame de Stael, la hija de Necker. Colaboraba con ella aquel joven superiormente dotado en todos los aspectos, excepto en el carácter, quien con gran dolor de madame de Charrière, se abandonaba ahora al imperioso amor de Germana de Stael: Benjamín Constant. En mayo de 1796 un folleto, debido a la pluma ágil y hábil de Constant, veía la luz pública. Su título indicaba perfectamente su contenido: *De la force du Gouvernement actuel et de la nécessité de s'y rallier*. En él se invitaba a los franceses a reposar finalmente en la República, régimen de la regeneración del hombre, régimen de las «luces». La posibilidad de una república como gobierno de un gran Estado quedaba demostrada en el libro contra todas las objeciones que se pretendía «haber sido sacadas de la experiencia».

Tal propaganda, a poco que tuviera éxito, corría el peligro de disminuir peligrosamente las posibilidades del futuro Luis XVIII, pretendiente oficial al trono de Francia; y descorazonaban a sus partidarios. Estos habían exaltado, después de Thermidor, la decadencia de la Revolución militante. José de Maistre, entregado, aunque extranjero, a la defensa del representante de la soberanía legítima en Francia, creyó deber suyo tomar su defensa, aunque «sin su permiso». Despreciaba a Benjamín Constant. Su «villano panfleto», como él escribía, era digno de su autor, «hombre poco serio». Vengando, sin quererlo, a madame de Charrière del joven ingrato que tanto le debía y asegurando en ella al mismo tiempo y sin haberlo previsto una lectora entusiasta, Maistre iba a reducir a la nada esta literatura de viles conchavados. Explicaba, invocando razones superiores, al dar cuenta de lo visible por lo invisible, cómo la Revolución había alcanzado aquel carácter irresistible, que desconcertaba a los fieles y les hacía dudar de la justicia de Dios. Iba a mostrar, no obstante, por qué tampoco la Constitución del año tres no era viable, por qué el gobierno republicano del Directorio no podía continuar, de modo que el Rey legítimo, necesariamente, debía volver a poco tardar. Diría para terminar sus *Considérations* cómo el Rey volvería, en qué condiciones precisas, contrarias exactamente a las de una Revolución; cómo la estabilidad, un reposo «indefinible», un «bienestar universal», serían el nuncio de la presencia de la Soberanía.

* * *

¿Por qué la Revolución había triunfado? y ¿por qué esta Revolución era francesa?

«Todos estamos unidos al Trono del Ser Supremo por una ligera cadena que nos retiene sin esclavizarnos.» Esta es la primera frase de las *Considérations*. De un golpe, da el tono religioso de la obra. Tono de un creyente, a quien no le cuesta trabajo conciliar la voluntad divina y la libertad humana. Ni tampoco el orden común y la excepción a aquel orden divino y al milagro.

«Que en lo crudo del invierno un hombre ordene a un árbol, ante mil testigos, que se cubra súbitamente de hojas y dé frutos y que el árbol obedezca, y todo el mundo dirá que es milagro y se inclinará. ante el taumaturgo. Pero la Revolución francesa y todo lo que pasa en Europa en este momento es tan maravilloso... Sin embargo, los hombres, en lugar de admirarse, apartan la vista y pierden la razón.» Ante la Revolución la gran palabra del día es: *no entiendo nada*. Se ve a malvados, culpables de un horrendo regicidio, triunfar sobre la coalición monárquica; a los más grandes generales humillados; a los primeros hombres de Estado equivocarse invariablemente; salir bien cuanto emprenden los canallas, «mientras que el partido de los buenos es desgraciado y ridiculizado en todo lo que emprende». No obstante, todo esto es extraordinariamente claro. Jamás la Divinidad se ha mostrado de manera tan clara en ningún asunto humano. Se trata simplemente de que la cadena que ata al hombre se ha encogido bruscamente y la acción superior de la Providencia ha sustituido a la acción humana. He aquí por qué la Revolución parece como si marchara «ella sola» y la razón es que conduce a los hombres y no son éstos los que la conducen. Los pillos, que parecen conducir la Revolución, son aplastados innoblemente desde el momento que pretenden dominarla, como en el caso de Mirabeau, *le roi de la halle*, como en el caso de Robespierre, que pereció en un momento en que todo favorecía su ascensión frenética. Estos malvados no son más que instrumentos: «los instrumentos de una fuerza que sabe más que ellos». Admirémonos aquí, comparando la obra del hombre, en que todo es «pobre como el hombre», en que las perspectivas son restringidas y los medios vacíos, con la obra de la Divinidad, y admiremos ésta, tan rica y flexible, «donde todo es medio intencionado, incluso lo que es obstáculo»; en que las irregularidades nacidas de la acción de los individuos libres acaban por «ponerse al servicio del orden general».

La Providencia ha tenido sus razones para escoger Francia como medio principal, como motor de la Revolución.

Cada nación tiene, como cada individuo, una misión. Francia ejercía un verdadero magisterio sobre Europa. Dios le ha dado dos brazos, con los cuales mueve el mundo: su lengua, hecha para la elocuencia; su espíritu de proselitismo, «tan evidente como el sol, desde el creador de las modas hasta el filósofo, y éste es el rasgo saliente de su carácter nacional». De modo que Francia necesita siempre la posibilidad de influir sobre los hombres. No es casualidad que la Iglesia galicana haya sido una piedra angular del edificio católico, ni tampoco lo es que Francia sea la cabeza del sistema religioso y que su Rey se llamara cristianísimo. «No ha hablado en vano Bossuet sobre este punto.»

Ahora bien, la Francia ha utilizado su influencia para contradecir su vocación cristianísima y desmoralizar a Europa. Maître desarrolla esta idea en una carta posterior a Blacas: el Rey cristianísimo había permitido a la secta execrable de los filósofos inficionar a sus súbditos, que a su vez han inficionado a Europa; a un Voltaire, el blasfemador del siglo, en nombre de todo un siglo. El mismo clero francés, echado a perder por sus riquezas y envuelto en las malas costumbres del siglo, también tenía necesidad de regenerarse. ¿Cómo asombrarse entonces que Francia, infiel a su vocación, haya sido llevada a la Revolución por medios terribles? «Desde hacía mucho tiempo no se había visto un castigo tan terrible infligido a un número tan grande de culpables.» Y, cosa admirable, en la que se ve todavía el orden en el mismo desorden, fué bajo los golpes de sus cómplices como han caído los principales culpables: los malvados se han degollado unos a otros. Así, el Rey no tendrá a su vuelta que convertirse en un verdugo, y la autoridad legítima no tendrá que proceder al castigo por sus propios medios. Por otra parte, este castigo hubiera tenido que ser tan extenso que parecía irrealizable.

«¿Cómo caracterizar los diferentes crímenes? ¿Cómo graduar los suplicios? ¿Y cómo castigar sin leyes? Se habría escogido, se dice, a algunos grandes culpables y los demás habrían obtenido gracia. Pero esto es precisamente lo que la Providencia no ha querido. Y como puede todo lo que quiere, ignora esas gracias producidas por la impotencia de castigar. Era necesario que el gran castigo se llevara a cabo y que los ojos mismos de los hom-

bres lo vieran; era necesario que el puro metal francés, libre de las gangas y de las impurezas, llegara limpio y maleable a las manos del futuro Rey.»

El autor se hace cargo de la objeción: ¿y qué hay de tanto inocente abatido aquí y allá por los culpables? A ello replica con dos consideraciones. En primer lugar hay muchos menos inocentes de lo que comúnmente se imagina. ¿Quién no se ha dejado llevar y ha sido complaciente con las ideas «filosóficas» (empezando por el mismo De Maistre en su juventud)? ¿Quién, por otra parte, es capaz de sondear el fondo de los corazones? ¿Y sabemos acaso si aquellos que nos dicen: «Abracé de buena fe la Revolución francesa a causa de un puro amor de la libertad y de la patria» no han tenido como primer móvil una ridícula rencilla, un pequeño roce de su orgullo o algo peor? Y si dejando a un lado los individuos hablamos de la nación en general, ¿es que no se ha cometido el crimen más atroz, el crimen contra la soberanía, es decir, contra el poder legítimo? ¿Es que no ha sido regicida del más virtuoso de los Reyes? Ahora bien, «jamás un crimen tan grande tuvo tantos cómplices». Cómplices en París, en las provincias, en el ejército; en todas partes se guardó silencio, en todas partes se dejó hacer.

Suponiendo, en segundo lugar, que hayan sido alcanzados verdaderos inocentes, ¿no existe un dogma universal, tan antiguo como el hombre, anterior al cristianismo: el de la reversibilidad de los dolores del inocente en provecho del culpable? Dogma pagano, fundamento de los sacrificios paganos; pero que el cristianismo, que reposa «enteramente en el mismo dogma magnificado», ha venido a consagrar a su manera. José de Maistre reconoce aquí uno de los aspectos místicos de «la horrible efusión de sangre humana», de esta «destrucción violenta de la especie humana por medio de las guerras y las revoluciones, cuya historia pone ante los ojos un cuadro espantoso. Entre las manos de la Providencia esta carnicería es un medio de castigar: «El género humano puede ser considerado como un árbol que una mano invisible va talando sin cesar.» En ciertos momentos el alma humana, que ha perdido su temple por el vicio, no puede volver a templarse si no es en la sangre. Y justamente la sangre de los inocentes es preciosa para este rescate místico. «De este modo pudo existir en el corazón de Luis XVI y en el de la celeste Isabel (hermana del Rey), un movimiento tal de aceptación que fuera capaz de *salvar a Francia*».

Salvar a Francia. ¿Qué quiere esto decir? ¿Salvar a una nación tan culpable, en lugar de dejarla conquistar, desmembrar, dividir por la coalición? Pues bien, sí. Era preciso que Francia fuese castigada, pero también era preciso que fuese preservada para poder emprender un día de nuevo su misión providencial. A costa de la disolución de los lazos sociales europeos se hace precisa una regeneración religiosa y moral y «es Francia la llamada a producirla». Ahora bien, el movimiento revolucionario, una vez puesto en marcha, Francia y la Monarquía no podían salvarse «más que por el jacobinismo»... Se adivina en esta afirmación el sobresalto del lector realista de la época, antes de que le sedujeran los prestigios del estilo fulgurante del escritor. Pues el autor va a desarrollar con esplendor un pensamiento inesperado.

«Jamás el Rey tuvo aliado, hecho asaz evidente... La coalición quería acabar con la integridad de Francia... ¿Por qué medio sobrenatural romper el esfuerzo de Europa, de la Europa conjurada? Tan sólo el genio infernal de Robespierre podía hacer este prodigio. El gobierno revolucionario endureció el alma de los franceses, templándola en la misma sangre... El horror de los cadalsos, empujando al ciudadano más allá de las fronteras, alimentada la fuerza exterir... Todas las vidas, todas las riquezas, todos los poderes, estaban en las manos del poder revolucionario, y este monstruo de poder, ebrio de sangre y de éxitos, fenómeno espantoso, jamás visto y que jamás se volverá a ver, era a la vez *un espantoso castigo para los franceses y el único medio de salvar a Francia...*»

«Pero nuestros nietos poco se embarazarán con nuestros sufrimientos y no vendrán a hacernos homenaje en nuestras tumbas... Se consolarán fácilmente de los excesos que hemos visto y en los que, sin embargo, se conservó la integridad del reino más bello después del celeste. Todos los monstruos que la Revolución ha dado a luz no han trabajado, según las apariencias, sino para la realenza. Por ellos el brillo de las victorias ha arrancado la admiración del Universo y ha rodeado al hombre francés de una gloria a la que los crímenes de la Revolución no han podido marchitar; por ellos, el Rey volverá a subir sobre el trono con todo su esplendor y todo su poder. Tal vez incluso con mayor poder. En fin, el castigo de los franceses excede a todas las reglas comunes y la protección concedida a la *Francia* se hace manifiesta también. Pero estos dos prodigios reunidos se multiplican el uno por el otro y ofrecen uno de los más asombrosos espectáculos que jamás haya

contemplado la mirada humana. A medida que los acontecimientos se desenvuelvan, se verán otras razones que pondrán de manifiesto aún otras relaciones más admirables.»

* * *

¿Por qué la República francesa no puede *durar*? ¿No estaría mejor dicho preguntar, puede simplemente *existir*? «La naturaleza y la Historia se unen para probar que una gran república indivisible es cosa imposible. Recorramos la Historia. En ella veremos a la llamada Fortuna echando sin tregua los dados desde cuatro mil años, pero nunca ha salido la cara en que se lee *gran república*. Nada hay nuevo y la gran república es imposible, porque jamás ha habido una gran república.» Pero el sistema representativo, ¿no puede acaso resolver el problema que plantea la extensión en la llamada gran república? No. Maistre, como Rousseau, rechaza ese sistema ilusorio. «Se nos cita la América. Nada conozco que me impaciente tanto como las alabanzas concedidas a ese niño en mantillas. Dejadlo crecer y veremos.»

Déjese a un lado, pues, esa palabra de *República* y hablese tan sólo de *Gobierno*. Pero ¿podría salir un gobierno verdadero de un fango ensangrentado? La podredumbre no conduce a nada. Por otra parte, ¿se ha visto alguna vez un gobierno y, sobre todo, una *Constitución libre que no tenga el asentimiento de la nación*? Ahora bien, la nación francesa no *quiere* en manera alguna este gobierno; lo *sufre*, se somete a él, ya porque no pueda sacudírselo, ya porque tema que pueda sobrevenir algo peor.

Un gran anatema pesa sobre el Directorio: participa del espíritu antirreligioso de la Revolución que ha acabado por separar la Iglesia del Estado, pronunciando esta palabra única en la Historia: «La Nación no paga ningún culto.» Pero el olvido del Ser Supremo (¡y qué diríamos de su desprecio!) es un anatema irrevocable que pesa sobre la obra, que padece por causa de ese mismo olvido. Todas las Constituciones imaginables se apoyan sobre una idea religiosa. Son fuertes y duraderas, a medida que están *divinizadas*. Incluso Rousseau, aquel maestro de errores, ¿acaso él mismo no lo había reconocido en su capítulo del *Contrato Social* sobre «el legislador»? El poder humano, entregado a sus solas fuerzas, no puede engendrar sino lo falso y lo efímero. ¿Cómo enton-

ces va uno a creer en el nuevo edificio francés? «En cuanto a mí, jamás creeré en la fecundidad de la nada», dice De Maistre.

Finalmente, este gobierno francés, al que falta toda impronta divina, no tiene por fundamento humano más que un poco de arena: una Constitución escrita, concebida *a priori* y tan sólo para el hombre en lo que tiene de tal, la llamada Constitución del año III (1795). Esta requisitoria de Maistre es paralela, con siete años de distancia, y teniendo en cuenta la ideología del saboyano, a la famosa de Burke contra las pretensiones constituyentes de los revolucionarios franceses.

¡Querer hacer una Constitución, qué presunción ridícula por parte del hombre! El hombre puede modificarlo todo, pero no puede crear nada; puede plantar un huerto, cultivar árboles, injertarlos, podarlos de mil maneras; pero jamás puede llegar a figurarse que está en sus manos hacer un árbol. ¿Cómo, entonces, se imagina que puede hacer una Constitución? Nunca ha habido más que dos modos de formación de las Constituciones: o bien han germinado, por así decirlo, de una manera insensible, merced a la reunión de una multitud de circunstancias que nosotros tenemos por fortuitas, o bien, otras veces, tienen un único autor, que aparece como un ser extraordinario al que se hace obedecer. En ambas hipótesis, Dios deja bastante poco a la obra de la debilidad humana; siempre se reserva el derecho esencial en la formación de los gobiernos. Aun cuando surja un legislador, uno de esos hombres revestidos de un poder cuasi infinito, éste nunca hace otra cosa que reunir elementos preexistentes en las costumbres y en el carácter de los pueblos. Y esta formación más rápida, esta conjunción de elementos preexistentes (si se compara con el modo primero), depende de la Creación y no llega a realizarse sino en nombre de la Divinidad. No es, pues, en vano que el capítulo consagrado a este asunto se intitule: *De la influencia divina en las Constituciones políticas*. Maistre no se cansa de volver sobre este tema, dominante en su política; en su teocracia, como se la ha llamado. Sin la existencia de una causa superior, repite una y otra vez, el hombre no tiene fuerza si no es para destruir.

La Constitución del año III, como las anteriores, reposa sobre un sistema quimérico: la construcción política de un punto a otro, hecha por razonamientos y deliberaciones. ¡Como si una deliberación pudiera constituir una Nación! ¡Como si los derechos de los pueblos pudieran jamás estar escritos! La Historia, que es la

política experimental, desmiente esas quimeras por medio de todos los hechos conocidos. Nos enseña que los actos constituyentes escritos se limitan a declarar derechos anteriores, de los cuales no se puede decir sino que existen porque existen; que, por otra parte, cuanto más se escribe, más débil es la institución, ya que los derechos no son declarados sino cuando son atacados, pues siempre hay en toda Constitución algo que no puede ser escrito y que hay que dejar en una nebulosa oscura y venerable, pues, de lo contrario, se vendría abajo el Estado. ¿Qué es una Constitución? De ninguna manera el fruto artificial de un razonamiento, sino la solución de un problema, cuyos datos ha suministrado la misma naturaleza. Dados la *población, las costumbres, la religión, la situación geográfica, las relaciones políticas, las riquezas, las buenas y las malas cualidades de una cierta Nación*, encontrar las leyes que le convengan. Aquí Maistre recuerda a Montesquieu; su relativismo, su sentido de la diversidad de las relaciones; pero a un Montesquieu amputado, no lo olvidemos, de sus raíces racionalistas. Todo ello está dicho para poner de manifiesto que el problema de la Constitución «natural» no ha sido ni siquiera abordado por el nuevo acto escrito de los franceses.

La Constitución del año III, comp las anteriores, está hecha para el hombre (para el hombre abstracto), no ha tenido en cuenta sino este hombre. «Ahora bien, este hombre no existe en el mundo. Yo he visto —dice— durante mi vida franceses, italianos, rusos. Sé también, gracias a Montesquieu, que se puede ser persa; pero, en cuanto al *hombre*, declaro que no me he topado con él en toda mi vida; si existe, a la verdad no tengo noticia de él. ¿Existe una sola comarca del universo en la que uno pueda encontrar un Consejo de los Quinientos, un Consejo de los Ancianos y un Directorio de cinco miembros? Esta Constitución puede ofrecerse a todos los seres humanos, desde China a Ginebra. Pero una Constitución que ha sido hecha para todas las naciones, quiere decirse que no ha sido hecha para ninguna: es una pura abstracción, una obra escolástica hecha para ejercicio del ingenio, según una hipótesis ideal, y que se dirige al *hombre* en los espacios imaginarios en que habita.

De este modo se va desenvolviendo, cuajada de brillantes humoradas y de sabias disertaciones, la requisitoria de José de Maistre. Es un Burke, pero rejuvenecido, transfigurado. Mucho ha sacado de sus estudios en curso sobre *la Soberanía*, así como de un

proyecto de *Ensayo acerca del principio generador de las constituciones políticas* (que aparecerá en 1815).

Pero ¿no se objetará a esta requisitoria, en nombre mismo de la Historia, la experiencia americana? Vasta república, regulada por una constitución escrita que invoca algunos grandes principios abstractos, América, no obstante, permanece. En 1796 no se ha sumergido en convulsiones, no se precipita en los abismos. Adivinamos la impaciencia de De Maistre: «¡Oh, ese niño en mantillas!» Ahora bien, es preciso dar respuesta metódica, seria; no contentarse con una chuscada. El autor explica cómo es necesario distinguir. «Los americanos no han hecho *tabla rasa*, como los franceses; han recogido y conservado ciertos elementos procedentes de Inglaterra: el espíritu democrático (de los puritanos), la división de poderes. Esto ya es viable. «Pero todo lo que hay de verdaderamente nuevo en su constitución, todo lo que resulta de la deliberación común, es la cosa más frágil: no podría reunirse nada que fuera más débil y caduco.»

Un ejemplo admirable de esta debilidad viene a la mente del autor: el de la capital federal. Por rivalidad, muy poco respetable, ninguna ciudad ha querido ceder a otra el honor de ser la capital. Ha sido necesario decidirse a construir una ciudad nueva desde sus fundamentos, que llevará el nombre del general Washington. El lugar de todos los edificios públicos está señalado, se ha puesto mano en la obra (desde 1791) y el plan de la ciudad-reina circula ya por toda Europa. Esencialmente no hay en ello nada que sobrepase los límites del poder humano; es posible construir una ciudad. Sin embargo, hay demasiada deliberación, demasiada humanidad en este negocio, y se podría apostar mil contra uno a que la ciudad no llegará a ser construída o que no se llamará Washington, o a que el Congreso no residirá en ella.

Este ejemplo es admirable para hacernos ver que con De Maistre la política «experimental», como cualquier otra, fácilmente se convierte en política sentimental, en política pasional.

* * *

Dejemos los americanos. Se trata de los franceses y de la Constitución que les conviene. Ya que es demasiado evidente que el sello divino no está impreso en la Constitución del año III, esa lamentable obra humana, y que los franceses «están hechos para

la Monarquía», ¿qué es lo que ha podido alejarlos de su rey legítimo? ¿Cuál ha sido el error, el funesto malentendido? Una noche sombría cubre el horizonte y, aunque la fecha es dudosa, «todo anuncia que el orden establecido en Francia no puede durar, y la invencible naturaleza de las cosas restablecerá la Monarquía». Tal es la conclusión de un capítulo «de circunstancias», muy arduo, «acerca de la antigua Constitución francesa» y sobre la declaración de Verona, hecha por el futuro Luis XVIII en junio de 1795.

Pero, ¿cómo podrá volver el rey legítimo, en qué condiciones? ¿De qué modo se hará la contrarrevolución si llega a producirse?

Se dice: *el pueblo teme, el pueblo quiere, el pueblo no consentirá nunca, no conviene al pueblo*, etc. ¡Qué dichos tan cómicos, tan lamentables! El pueblo no decide nada en las revoluciones. Es un instrumento pasivo y nada más. Que el consentimiento del pueblo francés al restablecimiento de la Monarquía se precise de antemano, no es sino una idea puramente arbitraria. El pueblo, caso de que la Monarquía se restaure, no será el que decreta la restauración, como tampoco decretó la destrucción ni el establecimiento del gobierno revolucionario. Salgamos de las teorías y démonos cuenta de los hechos.

«Tal vez sólo cuatro o cinco personas darán un rey a Francia. Cartas de París anunciarán a las Provincias que Francia ya tiene rey y las Provincias gritarán: ¡Viva el rey! En el mismo París, sus habitantes sabrán, excepto una veintena tal vez, al despertarse que tienen rey. ¿Es posible?, gritarán. ¡Qué cosa tan rara! ¿Se sabe por qué puerta va a entrar? Será útil acaso alquilar cuanto antes las ventanas, pues la gente no querrá ahogarse en las calles...

Un correo llegado a Burdeos, a Nantes, a Lyon, etc., traerá la nueva de que el rey ha sido proclamado en París..., que en todas partes se ve la escarapela blanca. La opinión se hace dueña de estas noticias y las adorna de mil circunstancias... A cada momento, el movimiento realista aumenta y prontamente se hace irresistible. ¡Viva el rey!, gritan el amor y la fidelidad en el colmo de la alegría. ¡Viva el Rey!, responde el hipócrita republicano, en el colmo del terror. ¡Qué importa! Sólo hay un grito, y el rey queda consagrado.»

«De los pretendidos peligros de una contrarrevolución.» Los que apoyaban al Directorio, como Benjamín Constant, se esforzaban en asustar a los franceses, especialmente al Ejército y a los compradores de bienes nacionales (bienes sobre los que el pro-

pio Benjamín Constant, jugador inveterado, había especulado), prediciendo terribles venganzas como consecuencia de la vuelta de los emigrados. ¡No!, replica De Maistre; un rey no se venga. «Vano espantajo», llamado contrarrevolución. Males imaginarios. A los propios compradores de bienes nacionales les importa que la Monarquía sea restaurada; así sabrán a qué atenerse, pues «todo es estable bajo un gobierno estable». Aún más: si el rey deseara vengarse, no podría hacerlo. «*El gorro frigio, al tocar la frente real, ha hecho desaparecer las huellas del Oleo Santo*»: el encanto se ha roto, largas profanaciones han destruido el imperio divino de los prejuicios nacionales; y durante mucho tiempo aún, mientras que la fría razón encorve con su peso los cuerpos, las almas estarán en pie. Se finge temer que el rey de Francia se muestre cruel con sus enemigos. ¿El, infortunado, podrá acaso recompensar tan sólo a sus amigos?

La verdad es que, después de tantas convulsiones, los franceses reposarán «deliciosamente» en brazos de la Monarquía, conociendo por fin —como promete la declaración de Verona— *que la libertad está con el rey*. La verdad es que la vuelta al orden no puede ser dolorosa, porque es «natural». Si se teme la contrarrevolución es porque, bajo los golpes que acaban de sufrirse, uno se imagina que no puede ser sino una revolución *en sentido contrario*. Craso error, debido al desconocimiento de los verdaderos caracteres de la soberanía. El autor refuta este error con apacible elocuencia.

«Se verá precisamente todo lo contrario de lo que se ha visto. En lugar de violentas conmociones, de desgarraduras dolorosas, de oscilaciones perpetuas y desesperadoras, una cierta estabilidad, un reposo indefinible, un bienestar universal, que anuncian la presencia del soberano. No habrá sacudidas ni violencia, nada de suplicios, excepto los que la nación neta apruebe: incluso el crimen y las usurpaciones serán tratados con una severidad mesurada, con una justicia sosegada, que sólo puede ejercer el poder legítimo: el rey pondrá en las llagas del Estado una mano tímida y paternal. Finalmente, he aquí la gran verdad, que los franceses deben no perder de vista: el restablecimiento de la Monarquía, que suele llamarse contrarrevolución, no será en manera alguna una *revolución contraria*, sino *lo contrario de una revolución.*»

* * *

Este libro, tan extraño, tuvo éxito dos veces: en 1797 y en 1814, no sin producir en la carrera de su autor curiosas —y enfadosas— repercusiones.

1797. Todos aquellos a quienes la Revolución había trastornado la vida hallaron en las *Considérations* una explicación sobrenatural de sus desdichas y la consoladora promesa de días mejores. Para justificar el pasado y profetizar el futuro, el autor se apoyaba en la fe católica, ahora despertada en muchos corazones indiferentes, a fuerza de pruebas. En ello estribaba una razón suplementaria al éxito del libro, que se añadía al talento original de De Maistre y a su pasión política. De ahora en adelante, la pasión religiosocatólica y antiprotestante, sería uno de los componentes de la pasión contrarrevolucionaria (se leía en las *Considérations* que la herejía de Lutero era «uno de los mayores azotes del género humano»). La fortuna —la Providencia sin duda, según De Maistre— quiso que en la época en que éste compuso su libro en Lausanne, un francés desconocido, el vizconde de Bonald, publicara en Constanza un pesado volumen, titulado *Teoría del Poder civil y religioso en la sociedad civil*. Esta obra revelaba entre ambos autores, que se ignoraban, «la unidad de pensamiento» más total. Bajo dos formas rigurosamente idénticas por el espíritu, aunque muy diferentes por la presentación y el talento, Bossuet resucitaba para flagelar en nombre de la Iglesia la secta protestante, encarnada en Rousseau, y sus prolongaciones deístas y ateas.

Tuvieron a su aparición las *Considérations* dos lectores notables: el general Bonaparte, que mandaba el Ejército de Italia, y el futuro Luis XVIII.

Bonaparte entraba en Milán a tiempo que estaba a la venta en las librerías la quinta edición. Se cuenta que devoró el libro. ¿No se juzgaría designado, a despecho de la legitimidad, como el instrumento providencial para el restablecimiento del orden, como el legislador extraordinario que «surge, se hace obedecer» y regenera las instituciones de un pueblo?

En cuanto al futuro Luis XVIII, dió instrucciones para la difusión del libro en Francia y escribió al autor una carta de felicitación, anunciándole el envío de una suma de cincuenta libras como prueba de su satisfacción. ¡Carta desdichada! Fué interceptada por el Estado Mayor de Bonaparte (Maistre acababa de abandonar Lausanne camino de Turín, capital del Piamonte) y divulgada en Francia. El rey de Piamonte-Cerdeña, que pensaba nom-

brar al autor de las *Considérations* consejero de Estado, renunció por prudencia a nombrar a un hombre públicamente comprometido. Por otra parte, el golpe de Estado de Fructidor (septiembre de 1797) había mostrado que el régimen directorial en Francia se endurecía frente al peligro de la restauración monárquica. La persecución a los católicos iba creciendo más y más. Las esperanzas liberales del grupo de la Staël se desvanecían. Se hacía manifiesto que el pretendiente no subiría al Trono tan pronto como se creyó en 1796. La difusión en Francia de las *Considérations* perdía interés. Así fué como su éxito se contuvo.

1814. «Al fin está derrotado el monstruo», escribió en enero de 1814 José de Maistre, creado desde 1803 embajador del Piamonte-Cerdeña en San Petersburgo. Bonaparte, el usurpador, cedía el puesto al rey legítimo. La contrarrevolución predicha llegaba. Con retraso, pero llegaba. Y se desenvolvía exactamente como De Maistre la había descrito de antemano, hasta en sus pormenores, hasta en los nombres —y él lo subrayaba encantado— de las dos ciudades —Lyon y Burdeos— que primero reconocieron a Luis XVIII. «Por una dicha insigne, todo fué profético», se ufanaba el autor en octubre. Cuatro o cinco personas —Tayllerand a la cabeza— lo hicieron todo, sin pedir al pueblo su opinión. Los parisienses se habían amontonado, según lo previsto, en los balcones llenos de flores.

Los amigos de De Maistre en Francia, y entre ellos De Bonald, se apresuraron a reeditar las *Considérations*, añadiendo el *Ensayo*, aún inédito, *Sobre el principio generador de las constituciones políticas*, con el nombre, esta vez, del autor. Tanta adivinación maravilló a los lectores de aquel tiempo. Ocurrió entonces entre el público «la gran explosión», como dijo el propio De Maistre.

¿Cómo dudar que insignes favores reales recompensarían ahora al escritor fiel y profético? Desgraciadamente, Luis XVIII acababa de otorgar la *Carta de 1814*, constitución escrita, a pesar de la dura resistencia encontrada en su propia corte entre los futuros *ultras*. El *Ensayo* insistía, más que las mismas *Considérations*, en la nocividad de las constituciones escritas. ¡Pobre De Maistre, cuyas lucubraciones venían a traer agua al molino de los adversarios de la *Carta*! Luis XVIII se disgustó. Y una vez más, como prueban los dos investigadores sobre De Maistre, R. Johannet y F. Verma en la más erudita y sabia edición de las *Consideraciones*, el

escritor se encontró sin la recompensa a que tenía derecho. Para él no hubo puesto alguno en Francia.

Quedó en Rusia hasta 1817. Había trabajado mucho. *Les soirées de San Petersburgo* o «Conversaciones sobre el gobierno temporal de la Providencia» y el libro del Papa amplificaban y completaban el sistema teocrático que estaba *in nuce* en las *Consideraciones*. Su autor profetizaba el triunfo final de la Iglesia católica, regida por el Papa, su jefe infalible (pues este moderno Bossuet era un ultramontano a fondo). Murió en 1821, a la edad de sesenta y siete años, en Turín, donde la corte de Víctor Manuel le consideraba «un majadero lleno de entusiasmos». Escritor de genio, habitado por lo invisible y atormentado del don de profecía.

JEAN JACQUES CHEVALLIER